

en los arsenales. La solución económica está en venderlas a países de nivel inferior en materia de armamento, o en condiciones de utilizarlo inmediatamente. Todo el tercer mundo está repleto de armas «civilizadas», de armas sobrantes o expresamente fabricadas por los países ricos. Las nuevas soberanías han estado fascinadas por la vieja teoría —en vigor también en el mundo desarrollado— de que sólo un país bien armado y fuerte puede ser independiente. Estas adquisiciones de armamento les han sido fatales en muchos casos: no sólo han desequilibrado presupuestos nacionales muy estrechos y han distraído

fondos que serían enormemente eficaces en la industrialización y en la educación, sino que han contribuido a deformar las doctrinas militares y convertirlas en militarismo trastornando los equilibrios políticos civiles en muchos países. Muchos conflictos locales se han convertido en guerras sangrientas, como en Nigeria, donde la Federación estaba nutrida de armas soviéticas y británicas, mientras Biafra las recibía de Estados Unidos y de Francia. Muchas veces, el aspecto político de estas operaciones llamadas de «ayuda militar» oculta su simple forma de negocio, de simple exportación.

Prensa SPRINGER, S. A.



Springer: La creación desborda a su creador.

Desde el primero de enero, la Prensa Springer, de Alemania Occidental, ha pasado de ser una empresa personal a convertirse en sociedad anónima. Según el propio Springer, es la repetición de un fenómeno conocido: la creación desborda y supera a su creador. El negocio tiene ya tal envergadura que no puede ser dirigido por una sola persona. La cadena Springer posee 89 por ciento de los periódicos interregionales, 85 por ciento de los periódicos dominicales, 44 por ciento de las revistas de radio y televisión y 30 por ciento de los semanarios de Alemania Occidental. Tirada semanal de ejemplares de todas las publicaciones, cuarenta millones de ejemplares (población total del país, cincuenta y ocho millones de habitantes). Situado políticamente a la derecha, fuertemente conservador, Springer disponía —y sigue disponiendo, a pesar de la conversión en sociedad anónima— de una importante arma política. La lucha contra la «Prensa Springer» es un «slogan» de combate en todos los mítines y manifestaciones de Alemania. Springer es hijo del propietario de un periódico local, en Altona (Hamburgo), que durante el período nazi dedicó sus talleres a la publicación de obras científicas y técnicas. Axel fue declarado inútil para el servicio militar y no participó en la guerra. Estas dos condiciones y su carácter puramente conservador le consiguieron el primer permiso aliado para publicar periódicos, al terminar la guerra, y ello fue la base de su gran industria. Se dice que fueron especialmente los ingleses los

que le favorecieron; se lo ha agradecido eternamente y todas sus publicaciones son anglófilas. Se ha dicho, también, que permiso y anglófilia no parten de bases enteramente puras. Todas sus publicaciones tienen aspecto «popular», pero fondo político. Es decir, que dedican gran parte de sus páginas, y especialmente de la primera, a los sucesos de sangre, las bodas de las princesas y los escándalos de las actrices, como elemento básico comercial, y, según sus enemigos, utiliza este cebo para infiltrar ideas políticas. Springer sostiene que no tiene intereses políticos y que se considera neutral, aunque su tendencia es la de favorecer el poder establecido. Su mayor campaña contra el poder ha sido el intento de que el Estado abandone la explotación de las cadenas de televisión y su monopolio, y ello porque cree que significan una concurrencia grave para la prensa. Lo cual no impide que la base de su fortu-



Augstein: el enemigo solitario.

na esté en las publicaciones dedicadas precisamente a la televisión y a la radio. Su principal enemigo es Rudolf Augstein, fundador y director de «Der Spiegel». Su semanario está solo. No pertenece a ninguna cadena y ello por principio: Augstein sostiene que las grandes concentraciones periodísticas como la de Springer perjudican la libertad de prensa. Fue también protegido por los ingleses después de la guerra y su primer periódico, «Diese Woche», estuvo sostenido por ellos. Lo convirtió luego en «Der Spiegel» («El

espejo»), que tira hoy un millón de ejemplares. Debe su fama a la claridad con que ha denunciado todos los abusos políticos. Ello le valió, en la época Adenauer, tres meses de prisión, después de haber sido acusado de «alta traición» por su campaña contra el ministro de Defensa, Strauss. Pero Strauss tuvo que dimitir. A pesar de su continua lucha contra Springer, Augstein tiene un contrato con él: los talleres de Springer son, desde 1967, los que imprimen «Der Spiegel», de Augstein.

Año 2000 LA PROGRAMACION DEL OCIO

Según el periódico «Die Welt», en un comentario a una conferencia del profesor Horst Wagenführ, en el año 2000 los alemanes contarán con doce semanas anuales de vacaciones, aparte los períodos de descanso dedicados al perfeccionamiento profesional. En 1933, los alemanes disfrutaban sólo de tres días de vacaciones, de quince en 1945 y en el próximo 1985 de treinta y cinco, hasta alcanzar, a final de siglo, la cifra anunciada, repartida proporcionalmente entre el invierno y el verano. El 15 por ciento de los ingresos que hoy se dedican a los

gastos más o menos superfluos —es decir, todo lo que no sea casa o comida— se elevará, en el año 2000, a un 40 por ciento. El problema, entonces, consistirá en organizar el tiempo libre, ya que el hombre aún no ha aprendido a ser ocioso. Junto al ocio propiamente dicho y al perfeccionamiento profesional, el hombre tendrá que hacer algo que le dé confianza en sí mismo. En consecuencia, las agencias de turismo y similares habrán de vender experiencias, vivencias, y no solamente vacaciones.

TVE:

«LA SINCERIDAD COMO TERAPEUTICA»

Como quien no quiere la cosa, quizá sin medir el alcance del tema, de pronto, desde un cotidiano programa de TVE, surgió la cuestión. Al doctor entrevistado se le preguntó qué entendía por sinceridad, y el doctor habló en seguida de sus límites: el «daño a los demás». Procedimiento que recuerda un poco aquella vieja definición académica de libertad, según la cual ésta consistía en la facultad natural que tiene cada uno para hacer o decir lo que quiere, menos aquello que, por fuerza o derecho, está prohibido.

El método de definir la libertad o la sinceridad a través de sus limitaciones parece lógico. Quizá sea, sin embargo, tramoso. En realidad es un modo de remitir la respuesta a una nueva pregunta, y así sucesivamente hasta llegar a una «cuestión de principio», cuya solemnidad raramente enmascara los intereses socioeconómicos que la determinan y que luego seguirán ordenando el gran encadenamiento de argumentaciones.

¿Cuándo se hace daño a los demás? He aquí la pregunta que sustituye a la de ¿qué es la sinceridad? Para la mentalidad general, el daño a los demás está justificado —es casi consustancial a él— si obedece al propio lucro. Sólo cuando este lucro se encuadra en los móviles del transgresor tipificado por la ley, o sea, del llamado delincuente, se convierte en un agravante en vez de ser tenido por justificación. Y es que, concebida la convivencia como una competición, es lógico que cada cual haga cuanto esté en su mano por llegar a la meta entre los primeros. Como, además, el ser primero da derecho a establecer el reglamento de las nuevas carreras, es igualmente lógico que los vence-

dores procuren, a través de lo que llaman las reglas del juego, asegurarse nuevas victorias. El «daño a los demás» es presentado, desde esta óptica competitiva —o mejor, pseudo-competitiva, puesto que hay un sistema de handicaps y ventajas preestablecido—, como un hecho inevitable, contra el que sólo cabe el gesto compasivo del vencedor hacia los desfallecidos derrotados.

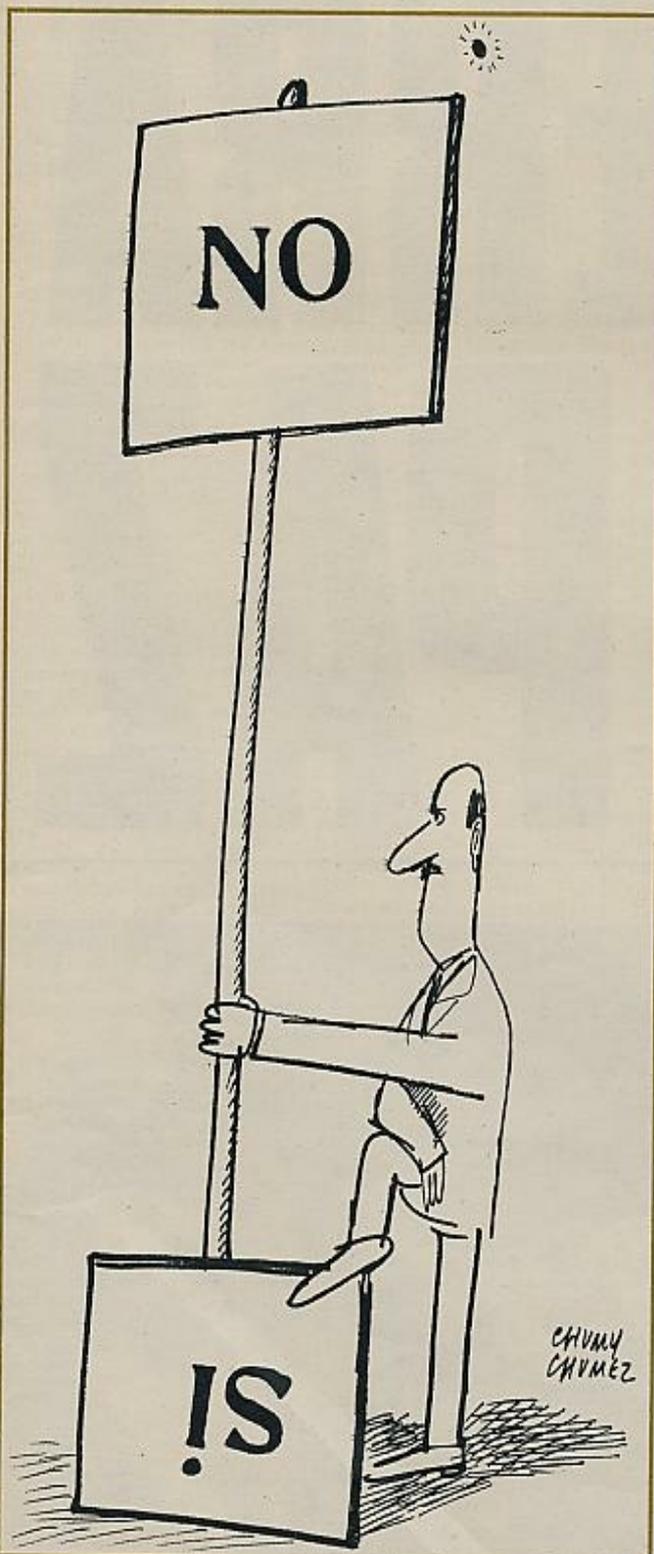
En cambio, cuando la sinceridad —respetemos el término utilizado por TVE—, la búsqueda de una vida sin contradicciones, el propósito de adecuar las relaciones personales a las propias ideas provoca el más mínimo choque, el concepto de «daño a los demás» rebrota vigoroso. ¿Acaso podría, a la larga, hacer daño a nadie la transparencia individual? ¿No son la coherencia y la claridad dos de las máximas aportaciones que el individuo puede hacer a la sociedad? Cualquier ideología, cualquier programa político, cualquier lucha social resulta sustancialmente imbécil —encuadrable en las manifestaciones, a veces fastuosas, a veces emocionantes, de la alienación— si no cuenta, entre sus objetivos últimos, la realización del hombre, su serenidad, su coherencia y su libertad.

¿No será, muchas veces, el llamado «daño a los demás» simple daño a las reglas de juego establecidas? ¿No habremos alzado a través de tantos códigos y principios una red de argumentos que permite a unos la agresión y a otros prohíbe la defensa?

Ciertamente, la sinceridad podría ser la gran terapéutica individual y social. Cuando los creadores hablan de realismo se refieren a eso: a la necesidad de crear una imagen no

falsificada del mundo, una imagen no establecida ni manipulada por ningún grupo. A la necesidad de incorporar a nuestra visión de la realidad todos esos elementos, cuyo amordazamiento, por derecho o por fuerza, como decía la vieja definición académica de la libertad, impone un, consciente o incons-

ciente, estado patológico general. Si el programa de TVE hubiera sido titulado por uno de esos viejos dramaturgos amigos de la expresión alternativa, bien hubiera podido tener la siguiente introducción: «La sinceridad como terapéutica o la censura como enfermedad». ■ J. M.



CHUMY
CHUMÉZ

Crónicas de la Era Lunar

DIALOGOS DE CARMELITOS: INTERFERENCIAS

Por PABLO DE LA HIGUERA

Esto del teléfono no tiene arreglo. Esta mañana, al descolgar el auricular para hablar con un amigo, he escuchado esta extraordinaria conversación, cruzada entre abonados de diversas capitales del mundo. Una vez localizadas las tales capitales, no me queda más que transcribir el sorprendente pluridialógico, con la esperanza de que pueda facilitar la comprensión del complejo problema del Oriente Medio.

WASHINGTON.—¿Hello, Paris?

PARIS.—Sí, aquí Paris. ¡Diga, diga!

WASHINGTON.—¿Qué pasa con lo de Libia?

PARIS.—¿Qué Libia?

WASHINGTON.—La del petróleo. Así que le van a vender ustedes aviones... ¿Cuántos?

PARIS.—¿Cómo dice? No se oye nada...

LONDRES.—Y tanques... ¿Es verdad que tanques también?

PARIS.—Cada vez se oye menos... El teléfono en Francia es un caso. Mira que se lo hemos dicho veces al ministro de Telecomunicaciones...

LONDRES.—No se haga el sueco...

JERUSALEN.—A propósito de sueco...

WASHINGTON.—¿Cómo dice?

JERUSALEN.—¿Quién habla ahí? Quiero Paris... Señorita, por favor...

PARIS.—Sí, aquí Paris. Diga, diga, Jerusalén...

JERUSALEN.—Ah, Paris. Estupendas las cañoneras, chicos. Buen material.

PARIS.—Gracias, hombre. ¿Qué decía del sueco?

JERUSALEN.—No, se nos había ocurrido que ahora, a través de una compañía sueca, tal vez podríamos recuperar los Mirage...

PARIS.—Hombre, no hay que exagerar...

MOSCU.—Oiga, Jerusalén...

EL CAIRO.—Sí, aquí El Cairo...

MOSCU.—¡No quiero hablar con El Cairo! ¡Señorita, que me den Jerusalén!

JERUSALEN.—Hola, Moscú, ¿qué tal? Excelente radar, por Jehová. ¿Es el único que le dieron a Nasser o tiene más?

MOSCU.—¿De veras les gusta?

JERUSALEN.—Sí; es muy bonito.

MOSCU.—Pues tenemos otros de la última hornada aún mejores. Y, además, unos Migs especiales...

JERUSALEN.—¡Ajá! ¡Qué interesante!

MOSCU.—Yo creo que podría-

mos entendernos directamente, y así no tendrían necesidad de ir a buscar las cosas a Egipto...

EL CAIRO.—¿Quién habla ahí? Esa voz me suena...

LONDRES.—¡Eh, señorita! Hay interferencias... ¿Era Moscú? ¿He oído bien?

MOSCU.—Ser o Nasser: he ahí el dilema.

PARIS.—¡Tripoli! ¡Que me den Tripoli!

JERUSALEN.—Oiga, Paris, ¿sigue en línea?

PARIS.—¡Ah, usted otra vez! ¡Qué pesado!

JERUSALEN.—Es por lo de los aviones... Será facilito... Lo tenemos muy bien planeado: durante la fiesta de la Resurrección, que cae en marzo...

PARIS.—No, no; no hay el suficiente jaleo. Habrá que esperar al 14 de julio, que es la Fiesta Nacional. Mientras la gente canta aquello de "A la Bastilla, a la Bastilla..."

JERUSALEN.—Bueno, ¿Tenemos que mandar pilotos o nos los envían con los pilotos puestos?

LONDRES.—¡Eh, Tripoli! ¡Que tenemos más tanques!

TRIPOLI.—Ya, ya, un momento; estamos muy solicitados...

LONDRES.—No sé qué pasa con Libia de un tiempo a esta parte, que siempre está la línea ocupada...

WASHINGTON.—Eso digo yo. TRIPOLI.—No hay como no ser beligerante, chico.

BAGDAD.—Aló, todos. Las municiones llegaron bien. Ahora lo que necesitamos son más armas...

WASHINGTON, MOSCU, PARIS y LONDRES.—Bueno, pero que sean defensivas...

BAGDAD, BEIRUT, DAMASCO, etc.—Por supuesto, por supuesto.

JERUSALEN.—Por supuesto. (interferencias cada vez más rápidas. Se oyen palabras sueltas).

VOCES ARABES.—... armas... armas...

OTRAS VOCES.—... petróleo... petróleo...

VOZ ISRAELI.—... armas...

LONDRES.—Por cierto, hay que concertarse entre los cuatro grandes para buscar una solución pacífica al conflicto del Oriente Medio.

WASHINGTON.—Hay.

PARIS.—Hay.

MOSCU.—Hay.

JERUSALEN, EL CAIRO, AMMAN, BEIRUT, BAGDAD, etcétera.—¡¡Av!!!

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Luis Carandell, Pablo de la Higuera, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, Ramón L. Chao, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla, Manuel Vázquez Montalbán.